

No os traigo, como enantes lo hiciera, un oriflama
rojo como la sangre viril, como la llama
vengadora, que azota con látigos de luz,
ni vengo a repetiros la canción ya olvidada
del Derecho proscrito, de la Virtud violada,
del Dios de la Justicia pendiente de una cruz.

Traigo una vieja historia que hoy acude a mi labio;
la escribió, cuando joven, un hombre bueno y sabio
de la Rusia, que ha muerto lleno de santidad.
En ella no redoblan tambores de combate,
ni en su sencilla trama se escucha el recio embate
del mar de las violencias armado en tempestad.

No encontraréis en ella de la asonada histórica
los rayos, que iluminan con luces de retórica
incomprendidas ansias que nunca han de vencer
en campos que no sean los del genial torneo
en que hace gala el verbo de su chisporroteo,
con el cual ni una vela podremos encender.

Pero hallaréis en cambio, con majestad augusta,
un consejo sencillo y una lección robusta
que es, sin líricos sonos de revuelta social,
la simiente fecunda que al germinar un día
eubrirá nuestros campos de flores de alegría
bajo las explosiones del bien universal.

Oid: En una rama, mordido por el hambre
y el frío, estaba un grupo de abejas de un enjambre
deshecho por la mano bestial de la impiedad;
el viento y la llovizna insultaban al grupo
que apegado a la rama torpemente, no supo
buscar por otros rumbos mayor comodidad.

Las horas, que llegaban con cargas de congojas,
agobiaban la rama y aplastaban las hojas,
y las pobres abejas, agotado el vigor,
por más que discutían sobre su amarga suerte,
no encontraban salida para esquivar la muerte
y seguían, furiosas, zumbando a su dolor.

De pronto la más joven se alzó con arrogancia,
morigeró el zumbido, y abarcó la distancia
con la vista, en un gesto de infinito desdén.
Abrió luego las alas, y sin temor al viento
ni a la lluvia, lanzóse con gentil ardimiento
hasta un próximo alero. Otras alas también
siguieron luego el rumbo que señaló la audacia
de aquel par de alas tenue,—que rompió la desgracia
como si hubiera sido puñal de doble acción,—
y a los pocos minutos todo el enjambre estaba
a salvo, y con ruidosos empeños se aprestaba
a vivir la alegría de su resurrección.

Obreros de la vida, abejas laboriosas
que hacéis todos los días las jornadas gloriosas
del trabajo, que es fuente de salud y poder;
si es cierto que la rama vetusta que sustenta
vuestro existir, recibe cada rato una afrenta
de la racha maldita que la injusticia creó,
no gastéis vuestras horas en bellos escarceos
de palabras, ni en pompas, ni en torpes devaneos;
imitad a la abeja que la lección os dió.

Que cada cual consagre a la energía un templo
silencioso, y que sea el valeroso ejemplo
personal, como estrella de insólito fulgor
que alumbre los senderos al colectivo esfuerzo
redentor, que cambiando la faz del universo,
hará de la existencia un ensueño de amor.